

CARTA DE UNA MUJER

En estos días, en que la vida es una "aventura" de...
Frente a los obstáculos, el alma se levanta y se levanta...
por encima de la vida, que es una...
de la vida, que es una...

Muchas veces he pensado en...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...

de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...

de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...

de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...

de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...

de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...
de la vida, que es una...

CARTAS EXTRANJERAS

EL MONÓLOGO DE HAMLET

POR

Salvador de Madariaga

Londres y Agosto, 1916.

HAGAMOS una hipótesis absurda. Supongamos que en Agosto de 1914, España estaba gobernada por un hombre de Estado, es decir, por un gobernante dotado de gran capacidad, altura de miras y buena voluntad. Imaginaremos que llevaba algunos años esforzándose en elevar el nivel político y social de su patria, sin que el éxito positivo de sus esfuerzos correspondiese a la energía por él consumida en su ingrata labor, cuando sobre el cúmulo de ruinas de sus desilusiones, la noticia de la guerra europea vino a posarse como un ave de mal agüero.

Las ranas de la charca vecina, y los renacuajos que dormitaban, deglutiendo en el cieno, croaron a coro: «Neutralidad, neutralidad». Nuestro gobernante, desconfiando de las soluciones evidentes, sobre todo si llegaban a sus oídos con voz de anfibio, se encerró en su retiro, y lejos de amigos políticos y otras alimañas, se quedó a solas con su conciencia y con su patria.

Y se dijo:
«He aquí que llevo varios años de labor y España sigue postrada. Un cuarto de siglo hace que los españoles vienen pidiendo «un hombre» como las ranas de Esopo pedían un Rey. Y el hombre ha venido. Aquí, a solas, la modestia es una máscara inútil. He venido, pero vencer no pude. Fué como colocar un buen

maquinista sobre la plataforma de una locomotora vieja, sin fuerza en la caldera, sin ajuste en el mecanismo. El tren destaralado ha seguido su marcha lenta e irregular, chirriando y descarrilando a cada paso, llegando tarde a todas partes...», cuando llegaba.

«Lo que hay en España es de los españoles. ¡Qué profundo refrán! ¿Qué otra es la decadencia de España sino la decadencia de todos y cada uno de los españoles? De nada sirve mi trabajo a la cabeza del Gobierno si me abandonan funcionarios y público, capitalistas y obreros, militares y paisanos. Por ellos no circula la savia que hace de una multitud gregaria una nación fuerte y organizada. Y todavía se quejan de falta de organización. No se han enterado de que el secreto de las máquinas está en que cada rueda gira fielmente en torno de su propio eje, y de aquí el engrane. España es débil, mas no en su ejército ni en su marina, ni en su economía ni en su ciencia. España es débil en el corazón de sus hijos. El español tiene una escala de valores errónea. *Primero yo, y luego nadie* es la fórmula de los peores, y la de los mejores, *primero mi familia y después yo, y luego la profesión a que pertenezco*. Y España viene después, tan lejos, que es como si no tuviese derecho alguno.

«No es posible vivir, y menos conservar el rango que fué nuestro en el mundo de las naciones, sin que el español vuelva a hacer de España la reina y señora de su alma. La labor

